FACULTAD FILOSOFÍA Y LETRAS
BIBLIOTECA

GLOBALIZACIÓN, IDENTIDAD CULTURAL Y UNIVERSIDAD*

Arnoldo Mora Rodríguez
Doctorado en Pensamiento Latinoamericano
Departamento de Filosofía
Universidad Nacional, Costa Rica.

CULTURA E IDENTIDAD NACIONAL

Una de las características de la humanidad es que vive obsesionada por el futuro, más que nostálgica del pasado, dirigiendo su mirada más hacia el mañana que hacia el ayer, temiendo quizás que, como la mujer de Lot, el simple mirar hacia atrás sea un delito que se castiga con un retorno fulminante al estado mineral, es decir, a la inmovilidad total.

Hay, sin embargo, un error en tal actitud, pues los pueblos que no tienen conciencia de su pasado son como niños expósitos, cuyo destino consiste en asumir uno ajeno y nunca tener el propio. No se puede construir un futuro sin fundarse, desde el presente, en el pasado que hemos sido y que, de alguna manera, nunca dejamos de ser.

Pero el pasado nos ha dado no solo nuestra sustancia, sino también nuestra identidad. A través de nuestra historia, a través de varias generaciones, hemos ido forjando una comunidad que se expresa en instituciones y normas legales comunes que han ido decantando una sensibilidad colectiva, una manera de reaccionar frente a la vida que conforma nuestro perfil y define nuestra personalidad como pueblo. Así como nuestras instituciones democráticas nos hacen ser nación, así también nuestra sensibilidad común nos hace ser pueblo.

---

* Texto ligeramente modificado de la conferencia dictada por el autor en el Doctorado en Pensamiento Latinoamericano, del Departamento de Filosofía de la UNA. El título original de la conferencia *La Identidad de Nuestra América*, ha sido modificado para que responda mejor a la temática de este número de *Praxis*.

Nuestras instituciones son nuestro exterior, nuestra sensibilidad y nuestros valores son nuestro interior, nuestra conciencia colectiva, la imagen que nos forjamos de nosotros mismos, la palabra que nos permite definirnos ante nosotros mismos antes de hacerlo ante los demás.

Nuestras instituciones son la rugosa epidermis que nos retrata ante los demás; nuestra sensibilidad es la dermis que nos hace vivir en nuestro cuerpo, no como un proceso que se ve habitado por un yo extraño, sino como los miembros de una familia unida que se cobija bajo un mismo alero. Nuestra idiosincrasia es el calor de nuestro hogar, de la misma manera que las paredes y el techo configuran esa maternidad visible que son nuestras instituciones republicanas. Por eso debemos cuidar tanto a éstas como a aquellas. Ambas deben funcionar como vasos comunicantes, nutrirse mutuamente pues son ramas de un mismo y frondoso árbol: el pueblo.

La vida cultural es tan necesaria a un pueblo como la actividad económica, a pesar de que la segunda sea "productiva" o "rentable" y la primera no lo sea, al menos como finalidad primaria. Por eso, es tarea prioritaria, tanto del Estado en todas sus instancias, especialmente las universidades, como de las diversas organizaciones y fuerzas sociales que configuran la sociedad civil, el cultivar con redoblado esfuerzo ambos aspectos de la vida ciudadana, de la misma manera que el buen atleta desarrolla sus destrezas en ambas extremidades de su organismo.

Más aún, nuestros sabios y artistas, nuestros creadores en las letras y las artes con sus obras —al igual que nuestros atletas con sus proezas del músculo— son nuestra verdadera carta de presentación ante los pueblos del mundo. Ellos son nuestro orgullo, nuestra verdadera cédula de identidad que nos acredita con derechos ciudadanos ante los pueblos de la tierra y nos permiten mirarnos con el legítimo orgullo de quien ha conquistado el respeto de los otros, no como una concesión gratuita o una convención formal, sino como el derecho que nos permite presentarnos ante el mundo con la frente en alto.

El tribunal inexorable de la historia así parece confirmarlo, pues en sus páginas se muestran con similar frecuencia los nombres de los creadores en las artes y la ciencia, lo mismo que los grandes deportistas al igual o más que los magnates de la industria y de la banca. Y cuando estos aparecen, lo mismo que los nombres de algunos políticos, a veces no se ven identificados con epítetos laudatorios, como sucede regularmente con los que han encarnado en su debido momento los más altos valores del espíritu. Es por eso que en la promoción de todos estos valores humanos debemos aunar esfuerzos Estado y empresa privada, todos unidos por el mismo ideal de rendir culto a lo mejor del ser humano.

Por lo que concierne a este período de transición o cambio de siglo en que vivimos, lo que más aflora a la superficie y más parece impactarnos es la conciencia de que vivimos una crisis generalizada en todos los aspectos de la vida pública y privada.

Sin embargo, la forma más preocupante que reviste la crisis es cuando esta alcanza los valores espirituales y culturales de una sociedad, cuando la crisis afecta la identidad misma de una nación. Es entonces cuando debemos inquietarnos más hondamente porque las raíces mismas, la razón de ser de una colectividad nacional está en juego.

En tales circunstancias afloran las preguntas radicales: ¿Quiénes somos? ¿Existimos realmente como nación? ¿Qué nos hace ser como nosotros mismos? ¿Qué es ser centroamericano, latinoamericano hoy día? Y si somos algo ¿vale realmente la pena que lo sigamos siendo y por qué? ¿Qué nos proponemos como Nación para hoy, para mañana, para dentro de un futuro cercano o remoto?

En los albores de un siglo, es decir, de una nueva era en la historia nuestra y de la humanidad entera: ¿Cuál es nuestro proyecto nacional hacia el futuro? ¿Qué nos proponemos ser y qué estamos dispuestos a pagar para lograrlo?

Estas preguntas deben ser formuladas por todos los hombres y mujeres conscientes de un pueblo, pero con mucha más urgencia deben formulársela quienes se ocupan y preocupan por el quehacer intelectual y cultural de una manera sistemática y profesional, es decir, porque han recibido una formación que les permite vivir, siquiera sea modestamente, de los servicios que prestan en el ámbito del quehacer cultural. Las siguientes reflexiones tienen como fin contribuir a evitar que la vorágine de la historia haga trizas el don más preciado que hemos heredado de nuestros antepasados: nuestra identidad cultural, raíz histórica de nuestra nacionalidad costarricense y latinoamericana.

La cultura es la capacidad creadora de una colectividad, la expresión simbólica del grado de libertad colectiva alcanzado por un pueblo, la expresión institucional, sea a través de las costumbres, sea a través de las instituciones educacionales o públicas, del goce proveniente de la libertad alcanzada por un pueblo.

Concebida así, la cultura abarca todo el ámbito de la creatividad colectiva: costumbres ancestrales, tradiciones artesanales, leyendas y mitos de trasmisión oral, preservación del acervo artístico documental y monumental, música, arquitectura y escultura ligadas a tradiciones regionales; respeto a la obra y memoria de los artistas populares de las diversas culturas que componen la nación, al igual que las figuras consagradas en el ámbito internacional.

Todo esto conforma "el alma del pueblo", su sensibilidad, el equivalente del carácter del individuo, es decir, su manera específica de reaccionar ante la realidad y que lo distingue de los demás. Decía el filósofo Kierkegaard que lo que distingue a un hombre del resto de los seres del Universo es la "univocidad de su persona". Una moneda de un peso es absolutamente idéntica a otra moneda del mismo valor; por eso se pueden intercambiar. Pero ningún ser humano es idéntico de manera total a otro ser humano. Cada uno tiene su personalidad, su manera propia de sentir y reaccionar ante la vida.

Esto que es válido para los individuos, lo es igualmente para los pueblos, para las regiones que como un polícromo mosaico componen el conjunto de la

nación. La conciencia de identidad, la sensibilidad propia que nos hace reaccionar de manera original y auténtica ante la vida, nuestra forma específica de sentir es lo que llamamos "cultura"; lo llamamos "arte" cuando dicha cultura se expresa en objetos u obras concretas, sean materiales, lingüísticas o sonoras. Una política "cultural" es aquel conjunto de decisiones que tiene como fin preservar, difundir, crear condiciones para que se preserven, cultiven y difundan todos aquellos valores que tiendan, de una manera u otra, a dar un perfil cada vez más definido a nuestra identidad colectiva, identidad que no es mecánica, ni dada de una vez por todas, pues se puede perder de la misma manera que se ha adquirido, a través de los largos años que constituyen la historia de un pueblo.

Vistas así las cosas, el quehacer artístico no es una simple diversión, no es una manera de matar o perder el tiempo, de evadirnos de nuestros ocios y tedios, sino una forma, la más bella y noble, de reencontrarnos a nosotros mismos, de redescubrir nuestras raíces y nuestra capacidad creadora. Un artista no es un vagabundo, un bohemio, un inútil, una especie de parásito de la sociedad.

Concepciones como éstas están subyacentes en aquellos que piensan que los hombres de la cultura no merecen respeto en la sociedad, ni deben ser remunerados adecuadamente. Piensan así aquellos políticos que consideran que las organizaciones y personalidades de la cultura ocupan el último lugar en el orden de prioridades políticas y les asignan las migajas de gigantescos presupuestos destinados masivamente a las que ellos llaman "actividades productivas", entre las cuales, por definición, no se encuentran las culturales.

CULTURA E IDENTIDAD LATINOAMERICANA

La vertiginosa y profunda transformación de la geopolítica mundial a finales del siglo XX, no solo ha terminado con el ominoso período de la Guerra Fría, sino que ha puesto de manifiesto una serie de aristas en el complejo mundo de la política que hasta ahora parecían ocupar un lugar un tanto relegado. De manera particular, la naturaleza de las guerras actuales ha hecho que la humanidad tome conciencia súbitamente de la importancia que los factores estrictamente culturales han jugado siempre en los destinos políticos de los pueblos. Lengua y religión, tradiciones y costumbres, que van desde el vestir y comer hasta la manera cómo está constituida la familia, son la base indisoluble sobre la que se edifica la estructura política de un pueblo, con tanta o mayor solidez y persistencia en el tiempo que las ideologías políticas o las estructuras jurídicas. Es por eso que la reflexión filosófica en torno a la cultura como factor político de primera línea, ocupa cada vez más un lugar que antes parecía insospechado.

Actualmente todos consideran natural que el Estado tenga como una de sus funciones más importantes la preservación de la identidad cultural de la Nación. Solo que no siempre hay coincidencia plena en lo que se entiende por NACIÓN, o

lo que se entiende por CULTURA. La raíz de esta ambigüedad radica en la herencia excesivamente centralista y vertical del Estado que la Edad Contemporánea heredó de la tradición ideológica de los Jacobinos y que dio origen al Estado-Nación moderno.

En nuestros días la identidad Estado-Nación está en crisis. En su lugar operan con cada vez mayor vigencia en todos los campos, los bloques de países unidos en zonas de libre comercio que demarcan la división actual del mundo. Dentro de este marco, no nos ha de extrañar que el acontecimiento político más significativo y que marca nuestro verdadero ingreso en el siglo XXI es la conformación de un bloque único o zona de libre mercado en todo el continente americano a partir del cercano año 2005. Es por eso que hoy el Estado debe operar no solo desde el punto de vista jurídico-político, sino también como expresión de la identidad cultural de los pueblos que lo componen.

Solo que las culturas no obedecen a criterios políticos sino a ancestrales realidades históricas, étnicas, religiosas y lingüísticas que no siempre tienen que ver con las fronteras jurídicas establecidas por los Estados. Por esta razón, preferimos hablar no de "culturas nacionales" sino de "culturas regionales".

Nuestra visión universitaria en materia cultural debe concebirse igualmente desde un punto de vista latinoamericano. Su función es mantener viva la identidad cultural de una región y hacer que la diversidad variopinta de las culturas locales, lejos de fomentar el separatismo o el estrecho chauvinismo de quienes no miran más allá de sus narices, contribuya a la riqueza y creatividad de un conjunto de naciones latinoamericanas unidas indisolublemente por la fidelidad a los valores cívicos inspirados en la acción y el pensamiento de nuestros próceres, como Bolívar y Martí, que nos permita articular un proyecto político común.

Nuestra visión de la cultura debe abarcar también la creatividad de las comunidades locales, no solo en cuanto a bellas artes se refiere, sino bajo todas sus formas. Porque también en lo cotidiano se manifiesta la sensibilidad y la imaginación de un pueblo. En la manera de vestir y comer, en los utensilios domésticos y confección de textiles, en las artesanías y tradiciones manuales, aflora fecunda y bella el alma de un pueblo, tanto o más que en las producciones de sus mejores artistas de la plástica, la música o las letras. Más aún, ningún gran artista se ha nutrido solo de sí mismo. Para ser él mismo, siempre ha necesitado reflejar consciente o inconscientemente las raíces histórico-culturales de donde procede. Un artista solo alcanza los niveles de la inmortalidad cuando, más allá de su genio personal, se convierte en el amanuense de su pueblo.

Las políticas culturales deben ser un reflejo vivo de esa creatividad, legado del pasado pero puerta siempre abierta al presente y al futuro.

La creación artística constituye una especie de testigo elocuente de nuestras raíces históricas, monumento a la memoria de nuestros antepasados y lección permanente para las nuevas generaciones sobre los valores que inspiraron a sus ancestros, pero que debe inspirar a las generaciones presentes y futuras. Porque si bien

las circunstancias externas de la realidad histórica hacen que nuestro contexto actual cambie, la perennidad de nuestros valores cívicos y culturales es la garantía de lo que nos une más allá del tiempo y las generaciones. A través del estudio de nuestros clásicos latinoamericanos y de todas las manifestaciones del arte vernáculo, descubrimos a los hombres y mujeres que nos hicieron ser lo que somos y a quienes debemos el perfil que nos caracteriza como pueblo ante los otros pueblos.

De aquí se desprende la otra función que compete a las instituciones culturales y, en especial, a las universidades públicas. Ellas deben estar siempre ligadas a la educación formal de niveles inferiores. Niños y jóvenes de escuelas y colegios de la región deben estudiar con amorosa dedicación las raíces histórico-culturales que dieron origen a su comunidad. Esta constituye la patria chica, de cuyo amor las nuevas generaciones extraen el amor a la Patria Grande y a la humanidad toda entera.

Es por eso que afirmamos que la cultura no es una colección de objetos viejos, sino un reencuentro siempre refrescante con nuestras raíces históricas, una cita con nuestros antepasados en lo que éstos nos legaron de mejor a fin de que asumamos con entereza el presente y construyamos con lucidez el porvenir.

Como el alma para el creyente, la cultura para un pueblo es aquello que permanece cuando todo lo demás ha sucumbido a la destrucción que caracteriza lo efímero y perecedero. En los tiempos de la globalización, la identidad cultural es el único elemento que puede responder a la hamletiana cuestión de quiénes somos como pueblo y si merecemos el derecho de ser considerados algo más que una masa amorfa y anónima de consumidores.

Por eso una concepción políticamente correcta en el campo de la cultura debe plasmarse en un programa concreto que debe partir de un orden de prioridades conducente a una adecuada distribución de los recursos humanos y materiales disponibles. Es mi opinión, que en materia de políticas culturales, hoy día la prioridad debe consistir en apoyar y preservar las culturas autóctonas de cada país. Una verdadera política cultural debe combatir una serie de prejuicios ancestrales de orden ideológico, apoyados en la herencia decimonónica de estados excesivamente centralizados en lo administrativo y sobre todo, en personalidades y mentalidades de la ciudad capital.

En materia cultural, se suele seguir dando una especie de colonialismo interno consistente en creer que la capital es el país y que lo que digan y hagan los intelectuales de la capital es lo único que puede considerarse como digno de valor en el campo de la cultura. Es por eso que debemos distinguir entre instituciones nacionales, como la Orquesta Sinfónica Nacional, el Teatro Nacional, la Biblioteca Nacional, el Museo Nacional, y los organismos regionales.

Pero dentro de estos últimos, deben destacarse los museos etno-históricos de cada una de las regiones del país. El ballet folklórico no solo debe ser nacional, sino que cada región debe tener uno o varios grupos que expresen sus danzas y bailes

tradicionales. Otro tanto debe decirse de la cocina. Ya que toda cultura, como bien sabemos, comienza por los hábitos culinarios, por el gusto y el paladar. Las artesanías deben profundizar en las tradiciones y oficios de cada cultura regional, usando para ello las materias primas de la región. En todo esto debe trabajarse conjuntamente con las autoridades locales, sean municipales o provinciales, lo mismo que con las organizaciones de la sociedad civil.

No existe una cultura nacional, sino que cada región posee su propia cultura y la nación como un todo no es más que el mosaico o conjunto, rico en diversidad y colorido, de todas las regiones que, como los colores del arco iris o las familias de instrumentos de una orquesta, constituyen una armónica unidad en medio de su polícroma diversidad. No existe una cultura superior a otra.

La capital no debe sucumbir a la tentación de constituirse en árbitro e instancia inapelable que define por sí y ante sí lo que es o no es cultura. La democracia consiste no solo en la igualdad de todos ante la ley sino también en el respeto a la diversidad, en el derecho a la identidad tanto individual como grupal. No existe una cultura superior; solo existen expresiones culturales auténticas o superficiales y falsas.

CULTURA Y POLÍTICA INTERNACIONAL

La importancia y trascendencia de la cultura en el mundo actual, se refleja en el hecho de que su identidad se ha vuelto una cuestión de vida o muerte para los estados nacionales. Para los pequeños, pues la globalización de la economía y el incesante bombardeo con fines propagandísticos consumistas a través de la imagen televisiva proveniente, sobre todo, de los Estados Unidos, ha llevado a una homogeneización universal y desde arriba, que amenaza con englutir a todos los estados pequeños o simplemente periféricos.

En cuanto a los países grandes, el regionalismo cultural los está llevando a una crisis de desintegración, cuya virulencia se muestra ante el mundo en lo que ha sucedido en los países del Este Europeo (Yugoslavia y ex Unión Soviética).

En los países occidentales, el enfrentamiento entre el estado nacional centralizado y las regiones culturales viene de lejos y ha llevado a una búsqueda de soluciones más o menos federadas o, incluso, autonómicas, en el que el poder regional juega un poder decisivo. Tales son los casos de España y Bélgica y una marcada tendencia en el Reino Unido, en donde solo la monarquía mantiene la expresión orgánica de lo nacional.

De manera particular, América del Norte vive y enfrenta esa realidad del desmembramiento del estado nacional en el caso de la provincia de Québec en Canadá, que podría eventualmente generalizarse a sus vecinos del sur, pues ya es evidente una tendencia al regionalismo en Texas y California, en el caso de los Estados Unidos, y las marcadas diferencias etnoculturales e históricas de Chiapas y Yucatán en el sur de México.

La crisis de los valores culturales y la acentuación del regionalismo han alcanzado tales ribetes que han hecho crisis en el ámbito de la política internacional, crisis que se refleja en tres dimensiones, todas de capital importancia para entender lo que pasa en el mundo actual.

De manera particular, podemos sintetizar en tres aspectos la significación de lo cultural en el campo de la política internacional:

1. Crisis política

Los aspectos culturales están a la raíz de todos los conflictos bélicos posteriores a la Guerra Fría. Como prueba de ello el siguiente dato: las Naciones Unidas enumeran ya más de 162 conflictos militares tanto al interior de las naciones, como en confrontaciones entre países.

2. Incidencia en la economía mundial

La herencia cultural de las naciones, como son sus bellezas naturales, se convierte en una de las mayores fuentes de riqueza y motor de la economía mundial gracias al creciente impulso de la industria turística. Bien sabemos que el turismo se ha convertido en una de las fuentes de mayor riqueza en la economía mundial actual. En muchos países constituye la principal fuente de ingresos de divisas. Por ejemplo, en los Estados Unidos, principal economía nacional del mundo, el turismo constituye la segunda fuente de ingresos del presupuesto nacional, por encima incluso de la industria del automovilismo y otras.

Las cifras del turismo son elocuentes. En 1950 hubo 25 millones de turistas en el mundo, en 1995 hubo entre 450 y 500 millones, para el año 2040 se esperan 5 mil millones, si las tendencias actuales se mantienen.

3. Finalmente, tráfico ilegal y problemas policíacos

Los factores culturales subyacen a la raíz de graves problemas policíacos, que ocasionan el saqueo de bienes y objetos de valor arqueológico, artístico e histórico. Este hecho ha provocado que muchos países sean víctimas de la mayor depredación de su patrimonio histórico-cultural en su historia, hasta el punto de que hoy se habla de una verdadera mafia internacional dedicada al trasiego ilegal de bienes culturales.

Es por eso que la Conferencia pro tempore de Ministerios de Cultura de América Latina se ha propuesto establecer foros entre los agentes culturales más significativos (intelectuales, creadores de la cultura, formadores de la opinión pública) para discutir sobre el destino histórico de nuestros pueblos y no dejarlo todo en manos de los burócratas y tecnócratas de la Banca Internacional y de las cúpulas de poder.

La sociedad civil debe tomar la palabra y hacer más amplia la democracia. Los pueblos deben expresarse en foros promovidos por los entes públicos que fijan

y aplican las políticas culturales. Los entes de la sociedad civil deben tomar la palabra.

Y las universidades como entes pensantes, como conciencia lúcida de su tiempo y de su pueblo deben estar a la cabeza, deben constituirse en vanguardia de esa promoción de la sociedad civil y llevar la democracia a todos los ámbitos haciendo que su palabra sea oída.

CONCLUSIÓN

El arte popular es el suelo nutricio en donde brotan como flores variadas y frutos maduros las creaciones que luego tendrán una repercusión de mayor universalidad. El cultivo de lo propio es el primer paso hacia ámbitos más amplios. Solo siendo plenamente nosotros mismos podremos ser universalmente humanos. Solo viendo con afecto lo que nos rodea podremos abarcar en un abrazo fraternal a todos los hombres. Solo siendo más libres y auténticos podremos aportar nuestro grano de arena al conjunto de la humanidad.

Para terminar, permítanme una última reflexión. Recordemos que la cultura no la hemos inventado nosotros, ni nosotros tenemos el monopolio de ella. La cultura es creación permanente y constante de los pueblos. La cultura es lo que los pueblos hacen de sí mismos a través de su sensibilidad, de la dimensión emotiva, onírica, simbólica que configura el imaginario colectivo y que otorga una capacidad casi infinita de crear que los pueblos tienen y que debemos preservar como nuestro mayor tesoro, al lado de las bellezas naturales y de las instituciones democráticas.

Al Estado y a los organismos especializados les toca servir de factor catalizador para que el pueblo tome conciencia cada día más lúcida de sus capacidades creadoras. No hay que ir a buscar las culturas a las academias.

La cultura está en el pueblo, en nuestras comunidades, en nuestras tradiciones y herencias ancestrales; está en nuestra historia y en nuestra lengua, en nuestras tierras y en nuestra sangre, en el legado de nuestros antepasados indígenas, en las huellas de la colonia. Allí tenemos que descubrirla, allí sin duda la encontraremos.

El Estado y las instituciones públicas deben ser primordialmente un factor catalizador. Las instituciones no deben concebirse como un río sino como el cauce que recoge y canaliza las iniciativas, las pequeñas gotas y arroyos que brotan en todas partes de nuestra feraz tierra para imprimirles un sentido nacional y hacer que nuestro pueblo descubra su propio protagonismo, su propia dignidad. Nosotros somos sus servidores, la herramienta puesta en sus manos creadoras.

Vamos hacia un mundo cada vez más integrado. Nuestro reto es insertarnos allí con voz propia. Solo así el siglo que se nos viene encima será un horizonte de sueños que iremos entregando a nuestros hijos y nietos con los coloridos fuegos de artificio con que hemos saludado al nuevo milenio.